

HACIA UNA CRÍTICA SIMBIÓTICA: (RE)LEYENDO A ANDRÉS IBÁÑEZ DESDE EL EPITEXTO

Marta E. Cichocka
Universidad Pedagógica de Cracovia
<https://doi.org/10.18778/8220-195-6.29>

Resumen

El estudio del epitexto del escritor español Andrés Ibáñez, uno de los autores más originales del siglo XXI, demuestra que la literatura simbiótica requiere un nuevo enfoque simbiótico crítico en el que las estrategias literarias o comparativas se combinan con la sensibilidad a una amplia gama de factores no exclusivamente literarios. De este modo la literatura nos ayuda a despertar del imperio de la ilusión y de los sueños que, tanto para Cervantes y Calderón como para Ibáñez, rigen nuestras mentes y nuestras mentalidades.

Palabras claves: novela española contemporánea, intertextualidad, literatura simbiótica, crítica simbiótica.

1.

La inspiración para escribir este ensayo se esconde en los diarios de Susan Sontag (1933–2004), cuyos extractos fueron publicados en 2006 por el *New York Times*. Se podía leer entonces, entre otros detalles de la vida privada y los elementos del apasionado monólogo interior de la autora estadounidense –escritora y novelista, ensayista y profesora, directora de cine y guionista– unos apuntes más bien lacónicos del 22 de febrero de 1967. A las 3h de

la madrugada, Sontag, 34 años, a punto de terminar una reseña de *Histoire d'O* que se le había transformado en un ensayo de 35 páginas, escribe: “Está bien. Sin embargo, no me creo ni una palabra”¹.

Esta frase, desesperadamente sincera, resume perfectamente no solo el conflicto interno de una de las mentes más brillantes del siglo XX, sino también la dicotomía entre las convicciones personales y las exigencias sociales o profesionales que nos desgarran. A las 3h de la madrugada como a las 3h de la tarde, entre los dormitorios y los comedores, los despachos y las aulas, los parlamentos y los congresos, los seres humanos nos pasamos la vida diciendo y escribiendo palabras que suenan bien, pero, muchas veces, no las pensamos ni las creemos en absoluto. El objetivo de este ensayo, consagrado a un autor igualmente polifónico pero cuyas palabras a lo largo de los años parecen sorprendentemente coherentes y sinceras, es lograr lo contrario: escribir, a pesar de todos los “peros”, lo que uno piensa.

En febrero de 1967 Andrés Ibáñez cumplía 6 años y soñaba con ser escritor. No solo lo soñaba (en el sentido propio de la palabra) sino que ya tenía a su cuenta una reescritura muy personal de *Don Quijote*, efectuada a los 5 años. De joven, estudió piano en el Conservatorio de Madrid y ha sido durante muchos años pianista de jazz. También estudió Filología Hispánica en la Universidad Autónoma de Madrid y en 1989 marchó a Nueva York. Estuvo allí siete años, escribiendo varias obras de teatro en inglés, dos de las cuales (*Nympho Lake* y *Ophelia*) se representaron en el circuito de Broadway. Ha escrito poesía pero sobre todo novelas como *La música del mundo* (1995), *El mundo en la Era de Varick* (1999), *La sombra del pájaro lira* (2003), *El parque prohibido* (2005), *Memorias de un hombre de madera* (2009), *La lluvia de los inocentes* (2012), *Brilla, mar del Edén* (2014) galardonada con el Premio Nacional de la Crítica, y *La duquesa ciervo* (2017), además

1 «Feb. 22, 1967, 3 a.m. I'm finishing the ["Story of] O" review which has turned into a 35-page essay. It's OK. Still, I don't believe a word I'm saying. It's interesting, maybe valuable — but I don't see how "true." » Cf. Sontag, 2006.

del volumen de cuentos *El perfume del cardamomo* (2008). El autor vive en Madrid con su mujer y dos hijos, es profesor de español como idioma extranjero en la Escuela Oficial de Idiomas de Madrid, y colabora como crítico musical y literario en el *ABC*. Tiene también otra biografía en paralelo, la del profesor de *yoga nidra* que enseña con su mujer; en realidad, lleva ya más de 25 años practicando yoga en sus diferentes variedades y acaba de publicar *Construir un alma* (2018), un sorprendente *Manual de meditación para el siglo XXI*.

Ahora bien, sería interesante acercarnos a sus novelas más recientes, tanto desde la óptica postulada por sus ensayos anteriores, como desde el epitexto autorial más cercano, en búsqueda de una posible literatura y crítica simbiótica. Si aceptamos la idea de que el epitexto es un conjunto en el que la función paratextual no posee límites precisos, podemos admitir el argumento de Gérard Genette que la diferencia entre epitexto y paratexto radica en el criterio espacial: “es epitexto todo elemento paratextual que no se halla materialmente anexo al texto en el mismo volumen, pero que circula en algo así como al aire libre, en un espacio físico y social virtualmente ilimitado” (Genette, 1987: 316; 2001: 295). Y si el epitexto “circula al aire libre”, como argumenta Genette, el lector lo tiene siempre al alcance de la mano, leyendo y comparando entre sí textos publicados por el mismo autor a lo largo de los años, como lo vamos a hacer a lo largo de este ensayo.

2.

En el año 2000 Andrés Ibáñez publicaba en el *ABC Cultural* una crítica de *Maxon & Dixon* de Tomas Pynchon, uno de los escritores más fascinantes de nuestra época, describiendo aquella novela como “una simbiosis entre seres vivos y sistemas artificiales, entre naturaleza y cultura, y también una superación de la dialéctica animado / inanimado” (Ibáñez, 2000: 17). El ensayo, titulado “Hacia una literatura simbiótica”, ganó el primer premio Bartolomé March a la Crítica Literaria (2001), en la modalidad artículo. El autor desarrollaba sus ideas en un tomo de ensayos compilados por Eduardo Becerra, *Desafíos de la ficción* (2002), al lado de

Edmundo Paz Soldán o Jorge Volpi, entre otros. En el capítulo dedicado a un posible “Paisaje para después de la posmodernidad” formulaba un diagnóstico, terminante y subversivo a la vez, no solo sobre la crisis de la literatura que leemos, sino también la crisis de la sociedad en que vivimos. Ese diagnóstico de más de 15 años merece ser resumido y releído con suma atención, porque lo que exige es no tanto una literatura y una crítica simbióticas, sino un cambio urgente del paradigma dominante.

Ibáñez comenta un complejo fenómeno que se produjo a lo largo del siglo XX, cuando las ciencias llamadas exactas y las llamadas ciencias humanas llegaron a descartar el pensamiento lineal y mecanicista heredado del siglo XVII y XVIII como insatisfactorio, argumentando que la realidad debía ser explicada en términos de procesos y sistemas. “Lo fascinante” –subraya– “es que la biología y la lingüística han llegado a las mismas conclusiones sin saber la una lo que hacía la otra” (Ibáñez, 2002: 35). Es cierto que durante todo el siglo XX las ciencias puras y las humanidades estuvieron estudiando los mismos fenómenos –estructuras y sus elementos, sistemas y procesos– dentro de sus respectivas disciplinas, y en ambos campos elaboraron su propia visión sistémica del mundo, basada en “estructuras”, “redes”, “patrones”, “autorreferencialidad”, “retroalimentación” o “autopoiesis”. En realidad, a la hora de analizar las creaciones de la cultura posmoderna, los términos y conceptos elaborados por la ciencia resultan tan útiles, o incluso más útiles, que los de las ciencias humanas.

Sin embargo, no hay simbiosis entre el tipo de pensamiento sistémico desarrollado por la ciencia y el desarrollado por las humanidades. Paradójicamente para estas últimas, el hecho de estudiar los fenómenos humanos como estructuras o sistemas ha tenido, más bien, un paralizante efecto “deshumanizador”:

El estructuralismo y sus sucesivas encarnaciones, postestructuralismo, deconstrucción, etcétera, describieron así un mundo sin presencia, un mundo que no era más que una serie de redes y sistemas que interactúan entre sí. Este es el mundo posmoderno. Un mundo sin presencia, sin yo, sin sujeto. Un mundo compuesto por sistemas que no son en última instancia

otra cosa que construcciones: construcciones sociales, construcciones arbitrarias. (Ibáñez, 2002: 36–37)

Progresivamente, el pensamiento sistémico de la ciencia ha llegado hasta un nivel global y ecológico con la teoría del caos y el llamado “efecto mariposa” (Norton Lorenz, 1963), donde un ínfimo acontecimiento, acaecido en un momento dado, puede alterar a largo plazo una secuencia de acontecimientos de inmensa magnitud. Al contrario, escribe Ibáñez: “el pensamiento sistémico de las ciencias humanas se ha quedado atrapado en un mar de falsa erudición, fárrago incomprensible y nihilismo ingenioso. El discurso literario se ha convertido en post-literario y posthumanista y ha elaborado una poética de la muerte y de la ausencia” (Ibáñez, 2002: 39). Sin embargo, mientras el discurso posthumanista describe la ausencia del sujeto y el fracaso de su autoconciencia, el discurso científico se ha tropezado, por una parte, con la “hipótesis Gaia” y el ser vivo más grande y abarcador que existe, nuestro planeta, dotado además de un sistema auto-regulador que tiende al equilibrio de la Biosfera y, por otra parte, se adentra en el estudio de la conciencia que afecta a la materia, cuando el observador influye en lo observado, lo que invita a una reevaluación de varios paradigmas establecidos.

Frente a esas paradojas, Ibáñez como escritor postula “la posibilidad de una literatura que se mueva también en esas dos direcciones: en la dirección del mundo externo, la ecología, el pensamiento holístico, la simbiosis, y también en la dirección del mundo interior: el estudio y la cartografía de la conciencia”. En realidad, desde su punto de vista, la *ecología* y la *simbiosis* significan lo mismo, aunque la palabra simbiosis tiene menos connotaciones ideológicas y la postulada simbiosis de sistemas vivos y de máquinas, de naturaleza y de técnica, de objetividad e imaginación y, por consecuencia, de descripciones de la realidad, se puede conseguir únicamente a través de la imaginación: “La literatura es un arte de la imaginación y no de las palabras. La imaginación es una potencia de nuestra psique distinta del intelecto y también un lenguaje distinto del lenguaje articulado. Es un lenguaje específico, tan específico como el de las palabras o como el de la ciencia”

(Ibáñez, 2002: 40). Y es cierto que la importancia de estimular la imaginación resulta fundamental. Según demuestran los recientes estudios neurológicos, el cerebro humano, que procesa las imágenes mentales en once áreas diferentes (Schlegel *et al.*, 2013: 16277–16282), no diferencia las imágenes vividas de las construcciones imaginadas. Como si la literatura y la ficción literaria ofrecieran a los lectores (y a sus cerebros) un abanico de experiencias y vivencias paralelas a la llamada realidad: es fascinante observar que la ciencia poco a poco viene confirmando las intuiciones de Cervantes o de Calderón.

“Paisaje para después de la posmodernidad” termina con una lista de obras simbióticas que logran combinar “los cuatro elementos, el natural, cultural, psicológico y mecánico o, por decirlo de otra forma, la naturaleza, la cultura, la mente y las máquinas; o, por decirlo de otra forma, la realidad física, las creaciones culturales, la realidad interior y las creaciones mecánicas: la flor, el libro, el ángel y el ordenador” (Ibáñez, 2002: 42). A su “lista apresurada y provisional” el autor añade también *El mundo en la Era de Varick* de... un cierto Andrés Ibáñez, “una novela muy mal comprendida” en sus propias palabras y donde se combinan la reflexión sobre el lenguaje, la teoría de los universos alternativos, la búsqueda espiritual, la ecología, la era de la comunicación y la imaginación como “realidad segunda”.

3.

Casi dos décadas más tarde, Andrés Ibáñez ha adquirido una indudable madurez como escritor, con una trayectoria literaria tan segura como sorprendente. Como un “mago posmoderno” (Llosa Sanz, 2010) va mezclando los géneros textuales y enredando las pistas intertextuales para confundir a los lectores, sin perder la perspicacia del crítico literario que sigue siendo. Podríamos entonces acercarnos a una de sus obras más recientes, como *Brilla, mar del Edén* (2014), desde la óptica postulada por sus ensayos anteriores, incluyendo aquel diagnóstico terminante y subversivo del año 2002. Y resulta que esta novela no solo cumple con los

postulados formulados en los párrafos anteriores, sino que sigue bastante “mal comprendida”, aunque alabada por la crítica.

Brilla, mar del Edén, Premio Nacional de la Crítica (2015) empieza como un relato de aventuras y de lucha por la supervivencia en la llamada Isla de las Voces, medio real, medio irreal, donde desembarcan los noventa pasajeros rescatados de un accidente de avión, sin imaginarse ni siquiera que van a coincidir con unos aborígenes polinesios (los Wamani), anacrónicos guerrilleros comunistas, los restos de un experimento científico, una especie de comuna orientalista y los sabios de la visionaria Universidad Blanca. Las fuentes de inspiración de la novela podrían ser el *Decameron* de Boccaccio, *La tempestad* de Shakespeare y *El señor de las moscas* de Golding, sin olvidar la teleserie estadounidense *Lost*, conocida en España como *Perdidos*. Pero, por otra parte, la novela española contiene por lo menos tres otras novelas de estilo bastante diferente –la mexicana, la japonesa y la norteamericana– y termina como una novela de amor centrada en la búsqueda de la felicidad humana.

Esta epopeya de unas 800 páginas es un puro regalo intertextual por las constantes referencias y alusiones, poniendo en escena a un cierto Wade Erickson, dueño de un taller mecánico que se pone a reparar novelas en vez de coches, al lado de un Roberto B. antipático y carismático a la vez (alusión a Bolaño), y se alimenta tanto de las leyendas sobre el Triángulo de las Bermudas como de las deas de Carlos Castaneda. Entre los pintorescos personajes destaca el protagonista y narrador, Juan Barbarín, profesor español de música en los Estados Unidos, quien a veces se desdobra, anticipa la acción e incluso, en la mitad de la novela, confiesa estar escribiendo sus “memorias” (Ibáñez, 2014: 323). En muchos aspectos *Brilla, mar del Edén* es un Bildungsroman, donde la geografía caprichosa de la isla, desde la playa tropical, a través de la selva, hasta las montañas y el volcán con su célebre universidad, constituyen diferentes etapas del aprendizaje, llegando al poderoso mundo espiritual y la visión del brillante mar del Edén: “Cierro los ojos, y comienzo a percibir brillo. Es el brillo del valle entre los abetos, el brillo del mar entre las palmeras. [...] ¡Brilla, mar del Edén! ¡La aventura del hombre apenas ha comenzado!” (Ibáñez, 2014: 744).

A través de Juan Barbarín, Ibáñez postula una recuperación de la cultura humanística y una reconquista de la libertad, de la felicidad y del amor. En su historia muy cervantina, contraria a la fe ciega en ideologías y creencias estereotipadas, esboza una convivencia armoniosa, tanto con la naturaleza como con el resto de los humanos. Su polifonía novelesca, por lo tanto, parece realizar los postulados de la literatura simbiótica que armoniza la naturaleza, la cultura, la mente humana y las máquinas, desde los aviones estrellados hasta los platillos voladores. Además, en los últimos capítulos de la novela el autor diseña una universidad para el futuro, la llamada Universidad Blanca, que Barbarín visita no sin cierto asombro y que se basa en siete premisas:

La primera es que un ser humano no puede evolucionar por encima de sí mismo sin ayuda. La segunda, que la conciencia no está «dentro» del cerebro, sino que todo el ser humano es un mapa y una expresión de conciencia, cuyo origen se encuentra fuera del cuerpo físico. La tercera afirma que todo lo que sabemos de nosotros mismos y del mundo es una creación de la mente, y que a fin de evolucionar hemos de ir más allá de la mente y el mundo de categorías que la mente crea. La cuarta, que no es posible comprender con la mente, ya que la mente sólo comprende secuencias y sólo comprende mediante exclusiones. La quinta, que el principal vehículo de comprensión de la realidad es el cuerpo y la expresión del cuerpo a través de las percepciones, la danza, la música y el canto. La sexta, que la búsqueda ha de ser empírica, es decir, basada en la constatación personal. La séptima, que a través de la meditación, entrando en el interior de uno mismo, se puede conocer toda la realidad interior y exterior, presente, pasada y futura, y que la práctica de la meditación ha de ser constante. (Ibáñez, 2014: 695)

De acuerdo con los postulados enunciados por el autor en “Paisaje para después de la posmodernidad”, en la Universidad Blanca se estudia Biología, “algo llamado Estudio General de los Sistemas Vivos, que incluye desde los protozoos hasta la biosfera”, La Teoría Gaya y los estudios sobre el Ecosistema que incluye la

cultura y las máquinas, “las flores, los gases, las ideas, los sistemas, las costumbres, las leyes y el arte” (Ibáñez, 2014: 701). También se estudia lingüística general, principios de estructuralismo, aplicaciones del estructuralismo a las ciencias Humanas, posestructuralismo y deconstrucción, pero en relación con la filosofía oriental, explicando el deconstruccionismo a la luz de la filosofía tántrica, védica y budista, imbricando así ambas culturas y trasladando el nihilismo filosófico al que parecen llevar las visiones filosóficas posmodernas al territorio empírico de la meditación, de modo que la consabida “destrucción del sujeto” no es más que uno de los primeros estadios de la meditación –un estadio intermedio entre la ficción del sujeto, en la que viven los seres humanos, y la aparición del yo real– y no tiene implicaciones trágicas ni destructivas (Ibáñez, 2014: 702). Tenemos aquí todo un programa de una eficaz reforma educativa; que no convendría, sin embargo, a ningún ministerio de educación, por el riesgo de transformar completamente la sociedad entera.

4.

Para terminar, es sumamente interesante y enriquecedor (re)leer a Andrés Ibáñez desde el epitexto autorial, desde su bitácora, desde las entrevistas y los ensayos no siempre consagrados a la escritura. Por ejemplo, en un artículo de prensa dedicado al *yoga nidra*, el “sueño yógico” que practica y enseña desde hace unos 25 años, el autor formula otro diagnóstico terminante y subversivo, esta vez sobre el estado de la cultura contemporánea:

la tecnología avanza y la ciencia avanza, pero la cultura y el pensamiento se han quedado paralizados. Nos hemos quedado estancados en un modelo cultural generado a mediados del siglo XIX, la época de los escritos de Marx y Engels, de Darwin y Nietzsche. Todavía hoy en día el marxismo sigue dominando el discurso cultural, lo cual resulta extraordinario si pensamos que casi nadie se declara abiertamente marxista. Pero esa forma sórdida y prosaica, puramente mental y utilitaria de ver la vida, parece ejercer una extraña atracción negativa en muchos de

nosotros. [...] La cultura está detenida porque nadie se atreve a decir lo que piensa ni a pensar ni a vivir de forma independiente y de acuerdo con sus experiencias, sus verdaderos deseos y sus verdaderas intuiciones (Ibáñez, 2015).

Andrés Ibáñez no parece nunca haber callado sus verdaderos deseos ni intuiciones. En varias entrevistas dijo, por ejemplo, que en el mundo de hoy resultaba escandaloso buscar la felicidad – o, más escandaloso aún, confesar haberla logrado. En un universo paralelo al *Second Life*, entre tanta Realidad Virtual acumulada y entretrejida, resulta subversivo meditar y acumular experiencias espirituales. Pero, si es cierto que los votos particulares de hoy serán las sentencias de mañana, tal vez merece la pena recordar el voto particular de Andrés Ibáñez, formulado en 2007 y titulado “Mis problemas con la novela”, donde decía lo siguiente:

Racionalidad quiere decir separar y definir. Magia quiere decir relacionar. La mente discrimina, encuentra diferencias. El corazón vincula, encuentra semejanzas. Escribir novelas es una actividad mágica. [...] Los que buscan la Realidad no pueden escribir novelas. Quizá por eso yo tampoco sé escribir novelas, porque las novelas son maya, la ilusión. Pero yo quería escribir novelas que rompieran la ilusión. Quería abrir la convención de la novela y alcanzar la Realidad. Y ¿saben qué pasó entonces? Mis novelas empezaron a ser consideradas literatura fantástica (Ibáñez, 2007: 22).

Mientras la crítica literaria menosprecia la imaginación y la creatividad, mientras la sociedad desconfía de la felicidad duradera que resulta ser el tabú más grande de nuestra época racionalista y consumista, y mientras el hecho de haberla logrado y despertado una creatividad sin límites a través de una búsqueda espiritual despierta sospechas, tal vez uno de los objetivos de la posible crítica simbiótica, en respuesta a la literatura simbiótica, subversiva y mágica, sería precisamente terminar con la dictadura de las dicotomías, falsas y estereotipadas, y lograr escribir, a pesar de todos los “peros”, lo que pensamos, sin tener miedo de sentirnos

felices. También en el universo universitario, sobre todo mientras la academia sufre los síntomas de una *punctosis* aguda. Porque, de acuerdo con la hipótesis inicial, la literatura simbiótica requiere un nuevo enfoque simbiótico crítico en el que las estrategias literarias o comparativas se combinan con la sensibilidad a una amplia gama de factores no exclusivamente literarios. De este modo la literatura nos ayuda a despertar del imperio de la ilusión y de los sueños que, tanto para Cervantes y Calderón como para Ibáñez, rigen nuestras mentes y nuestras mentalidades.

Bibliografía

- Genette, G. (1987). *Umbrales*, trad. Susana Lage. México: Siglo XXI.
- Ibáñez, A. (2000). “Hacia una literatura simbiótica”, *ABC Cultural*, Madrid, 1 de abril de 2000.
- Ibáñez, A. (2002). “Paisaje para después de la posmodernidad”, en Jorge Volpi *et al.*, Eduardo Berra (ed). *Desafíos de la ficción*, 33–44. Alicante: Universidad de Alicante.
- Ibáñez, A. (2007). “Mis problemas con la novela”, *ABC Cultural*, 18 de Agosto de 2007, 22 [en línea] <<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/cultural/2007/08/18/022.html>> [30.01.2019].
- Ibáñez, A. (2014). *Brilla, mar del Edén*. Barcelona: Galaxia Gutenberg; edición polaca: *Lśnij, morze Edenu*, trad. Barbara Jaroszuk. Poznań: Rebis (2017).
- Ibáñez, A. (2015). “Yoga nidra”, *ABC Cultural*, Madrid, 30 de diciembre de 2015, [en línea] <http://www.abc.es/cultura/cultural/abci-yoga-nidra-201512261646_noticia.html>
- Llosa Sanz, A. (2010). “En busca del mago posmoderno: El efecto Montoliu o la (de)construcción del yo como obra de arte lineal”, *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, Vol. 28, 99–115. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Schlegel, A. *et al.* (2013). “Network structure and dynamics of the mental workspace”, *PNAS* October 1, 110(40), 16277–16282; [en línea] <<https://doi.org/10.1073/pnas.1311149110> <http://www.pnas.org/content/110/40/16277>> [30.01.2018].